

PAULA VERA-BUSTAMANTE

UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

LA EXPERIENCIA DE LA HOSPITALIDAD EN LA *CALLÍPOLIS* UTÓPICA DE TOMÁS MORO

THE EXPERIENCE OF HOSPITALITY IN THE UTOPIAN CALLIPOLIS OF THOMAS
MORE

paulaverabustamante@alumni.usp.br

Recepción: 19/08/2021

Aceptación: 26/11/2021

RESUMEN

La *callipolis* o “ciudad bella” es uno de los paradigmas de la Teoría de la Ciudad Fictiva, entendida como la ciudad que nace específicamente de la construcción estética literaria. La *callipolis* tiene sus orígenes en la cosmogonía arcaica, que concebía la ciudad como idealización de la perfección celeste. Está en estrecha relación con la *Utopía* de Tomás Moro y con el Nuevo Mundo que, para el humanista inglés, es donde pueden existir en plenitud el bien común, la justicia y la felicidad. A través de las narraciones de su alter ego Rafael Hitlodeo, descubridor portugués de la isla, Moro vive la experiencia de la hospitalidad en Amaurota, la *callipolis* utópica, como un ejercicio de aceptación de lo nuevo, la otredad y la tolerancia. En su neologismo, “Utopía”, Moro alberga el amor por el saber, por la fe y por la armonía de los seres, aunque sea en un “no lugar”.

PALABRAS CLAVES

Callípolis, utopía, Tomás Moro, ciudad fictiva, hospitalidad

ABSTRACT

The *callipolis* or “beautiful city” is one of the paradigms of the Theory of the Fictive City, understood as the city that is born specifically from the literary aesthetic construction. The *callipolis* has its foundations in the archaic cosmogony, which conceived the city as an idealization of celestial perfection. It is in close relation with the *Utopia* of Thomas More and with the New World, which, for the English humanist, is the place where the common good, justice and happiness can exist in fullness. Through the narrations of his alter ego Raphael Hythlodæus, the Portuguese discoverer of the island, More lives the experience of hospitality in Amaurot, the utopian *callipolis*, as an exercise

Tábano, no. 18 (2021), 129-143.

DOI: <https://doi.org/10.46553/tab.18.2021.p129-143>

of acceptance of the new, the otherness and the tolerance. In his neologism, “Utopia”, More harbors the love for knowledge, for faith and for the harmony of beings, even if it is in a “no place”.

KEYWORDS

Callipolis, Utopia, Thomas More, Fictive City, Hospitality

1. CALLÍPOLIS: UN PARADIGMA DE LA CIUDAD FICTIVA

En mi profundo deseo por conocer cómo nacen las ciudades en la literatura, descubrí que existe una ciudad que se sitúa entre la realidad y la ficción, está construida en el imaginario de un autor y tiene como referente la realidad histórica. Ella es el vínculo entre lo real y lo imaginario, y puede atravesar los límites entre uno y otro para poder llegar a ser también una ciudad real. Es lo que denomino como *Ciudad Fictiva*, concepto que se fundamenta en la tríada de lo real, lo fictivo y lo imaginario, desarrollada por Wolfgang Iser, y en la Teoría de los Mundos Posibles.

Para Iser, lo fictivo es el acto intencional que cruza la frontera entre lo real y lo imaginario; es el elemento mental que da forma y sustancia discursiva al plano imaginario, que es un modo difuso y sin objetos de referencia (Iser, 1991, pp. 15-21). Lo fictivo recoge de la realidad histórica sus referentes para construir, en el plano imaginario, nuevas realidades, transformando esa condición difusa del imaginario en una construcción mental articulada (*Gestalt*), permitiendo la creación de mundos. Esta acción de construir “nuevas realidades” (*autopoeisis*) está en estrecha relación con la creación de mundos posibles, que nacen de las referencialidades, ya sean del mundo real objetivo como del mundo puramente mental.

A partir de esa teoría, comencé una investigación que me permitió descubrir algunos paradigmas de Ciudad Fictiva, como la *Callipolis* (ciudad bella), la Ciudad como Laberinto; la Necrópolis, la *Mnemópolis* (ciudad de las reminiscencias); la Tecnópolis; la *Aischrópolis* (ciudad fea), entre otras.¹

En este artículo, abordaré especialmente el paradigma que Platón acuñó como *Kallipolis* en *La República*, y que llegó a nosotros en su forma latina como *Callipolis*.²

¹ Para conocer más sobre la Teoría de la Ciudad Fictiva, ver: Paula Vera-Bustamante (2007).

² La *callipolis* fue latinizada por estudiosos del imperio romano, como Pomponio Mela (*Geografía*, Lib. II), Ovidio (*Metamorfosis*, Lib. XI) y Plinio (*Historia natural*, Lib. III cap. II), quienes a partir del siglo I d. C. fueron los primeros *scriptores* en transcribir *kallipolis* como *callipolis*; no hicieron simplemente una traducción (a diferencia de Cicerón, que tradujo la *Politeia* de Platón como *De re publica*), sino que absorbieron la raíz griega y le dieron una característica latina para resignificar el concepto de “ciudad bella” con el objetivo de plasmarlo en la realidad. Esta tradición manuscrita se mantuvo en todo el imperio romano y resurgió, con más fuerza, en el Renacimiento Humanista, cuando en 1459 Cosimo de Medici le encarga a Marsilio Ficino que traduzca los códices griegos de los *Diálogos* de Platón al latín y, de esta traducción de Ficino, derivaron las traducciones, principalmente las del siglo XIX, en lenguas románicas y anglosajonas.

Si bien Platón fue el primero en elaborar el concepto de *kallipolis*, su origen se remonta a la Antigüedad, cuando el hombre concebía la ciudad como una *cosmópolis*, es decir, una ciudad que reflejaba las perfecciones del universo. Pero con el surgimiento de la polis ateniense esta noción celeste fue desplazada por la humanización de las ciudades helénicas. Poseidón y Atenea decidieron disputar, con la realización de algún prodigio, el habitar Cecropia, en el Ática, una de las principales ciudades de la Hélade, gobernada por el rey Cécrope. Poseidón hizo surgir el mar. Ya Atenea, acompañada por Cécrope, hizo surgir el olivo. Los Olímpicos, encargados de dirimir quién sería el vencedor, al oír el testimonio de Cécrope, concluyeron que Atenea había sido la vencedora y rebautizaron Cecropia como Atenas en su honor. El testimonio del rey Cécrope fue determinante para la decisión de los dioses, que significó el momento crucial de la humanización de la ciudad y el nacimiento de la polis como centro cívico y artístico (Vera-Bustamante, 2007, pp. 87-92).

A mediados del siglo V a. C., Pericles creó espacios sagrados para celebrar a la diosa tutelar, pero además constituyó espacios de reunión para que sus ciudadanos organizaran y administraran la polis, creando una riqueza política, intelectual y arquitectónica que transformó Atenas en una *kallipolis*.

La *kallipolis* (del griego *kallis*, bella, y *polis*, ciudad-Estado) surge de conceptos asociados a la perfección, como Belleza (*kallos*), Verdad (*alétheia*) y Bien (*agathó*), que se relacionan asimismo con las ideas de medida (*sophrosyne*) y de justicia (*dike*). La manifestación de *kallis* está en el esplendor (*charis*) de las formas perfectas. Por eso, al hablar de *kallipolis*, tenemos que pensar no solo en belleza, como percepción estética, sino que también en los valores de esa trinidad clásica, que conducen al hombre a la felicidad (*eudaimonia*) y, por consiguiente, transforman la *kallipolis* en una *eupolis*. Esta noción de belleza y perfección fue lo que inspiró a Platón para escribir, *circa* 375 a. C., las bases de su ciudad ideal en *La República*.

Pero, además, la creación de este mundo ideal se debió a una profunda necesidad del espíritu de Platón, que fue testigo de la ruina paulatina de Atenas después de la epidemia que la asoló en el 431 a. C.; de las decisiones insensatas de la *Ekklesia* (Asamblea del Pueblo) al corromper el espíritu de los *politēs* (ciudadanos), quienes insistían en batallar en la desgastante guerra contra los espartanos, e incluso pretendieron apoderarse de Sicilia en el 415 a. C., para finalmente perder toda lucidez y condenar a muerte, en el 399 a. C., a Sócrates. La otrora *Kallipolis* de Pericles se convirtió entonces en la espantosa *Aischrópolis* (de *aischron/aischrotes*, fea/fealdad).³ Polis que se define por la falsedad, la ignominia, la enfermedad y la injusticia, caracterizada por la pérdida del *areté* (excelencia y virtud) de sus ciudadanos y por la profunda crisis de la democracia, provocada por los *demagogoi*

En este artículo usaré la forma original griega cuando aborde el concepto platónico, y la forma latina cuando aborde la concepción renacentista-humanista.

³ El concepto de *Aischrópolis* lo presenté en mi tesis de doctorado, *A cidade fictiva*, que defendí en mayo de 2007 en la Universidade de São Paulo. Publicado como artículo en los diarios El País Brasil (07/05/2020) y El País América (17/07/2020).

(demagogos), que se disputaron el liderazgo de esta *Aischrópolis* ateniense después de la muerte de Pericles, ocasionada por la epidemia (Vera-Bustamante, 2021).

Por eso, Platón estaba convencido de que tales *politēs* eran los responsables de la caída de Atenas. Pero también culpaba a los poetas por el rumbo nefasto que le dieron a la tragedia, al proyectar un destino inclemente ante las fallas humanas. Producto de ese desencanto, crea su propia polis para plasmar sus deseos de Bien, Verdad, Justicia y Amor, ya que, con la tragedia, el destino de los hombres se había transformado en un proceso de dolor perenne y, con la política, en una mercadería siempre a la venta.

La Justicia y el Amor, en *La República*, permiten quebrar las barreras del egoísmo y de la injusticia que imperan en la Atenas del siglo IV a.C., por eso Platón crea en su mundo ideal un sistema comunitario de bienes, acabando con la riqueza y la pobreza. Otorgando, además, los mismos derechos y deberes a hombres y a mujeres, pues entiende que ambos son hijos de la razón y de la naturaleza divina.

Platón establece una *Kallipolis* (*Rep.* VII, 9, 527c) o modelo de Estado Perfecto basado en la razón, siendo *kallis* el reflejo de las Ideas Eternas, donde el hombre recupera el destino benigno (perdido por las inclemencias de la tragedia) a través de la *autognosis*. Regida por la sofocracia (gobierno de los filósofos), velará por la Verdad (*alétheia*) y la Felicidad (*eudaimonia*). Por eso, Platón vaticina que cuando la Filosofía ejerza su influencia sobre el “gobierno de las ciudades” (VI, 12, 499d), la *kallipolis* se materializará en el mundo de las formas. Por ahora, habita en la *Planicie de Alétheia*, como un paradigma, donde las ideas se tornan plenas y eternas (IX, 13, 592b).⁴

Mientras aguarda ese momento, Platón recuerda la Edad de Oro, cuando existía la otrora poderosa Atenas, que venció en justa batalla a su rival, la Atlántida, antes del diluvio. En el *Timeo*, la describe gobernada por hombres y mujeres guerreros, de origen divino. No había propiedad privada, todo era comunitario (*Timeo* 110, d) y sus habitantes eran “verdaderos amigos de lo bello” (111, e) y de la naturaleza. Por eso la tierra era pródiga en alimentos para el Ática y las riquezas existían para todos, pues no había codicia por el oro o la plata, ya que era considerada arrogancia y falta de carácter (111, e).

⁴ Aún sabiendo que la *kallipolis* vive y se realiza en la *Planicie de Alétheia*, Platón quiso crear en Sicilia su polis justa, explica Giovanni Giorgini, citando la *Séptima Carta* 328c-d: “Platón rechazaba la idea de ser considerado solo un ‘hacedor de palabras’ y fue tres veces a la corte de los tiranos de Siracusa para intentar convertirlos a la filosofía y persuadirlos a instaurar su modelo de ciudad perfecta. El fracaso de estas expediciones no lo llevó a la inercia, sino que a crear su Academia [en Atenas], una escuela pensada para los filósofos y los hombres políticos del futuro, en la que tanto la teoría como la práctica convivirían” (Giorgini, 2016, p. 324. La traducción es mía). Más de mil ochocientos años después, Cosimo de Medici, recogiendo el ideal platónico del filósofo rey, buscó replicar la Academia de Platón en Florencia, como señala Antonio Dalla Torre en *Storia dell'Accademia Platonica in Firenze*. Medici proyectó su sueño de *callipolis*, un lugar “para la protección de las Letras, la Ciencia, y de todas las Bellas Artes” (Torre, 1902, p. 25), y le encargó, en 1459, a Marsilio Ficino que fundara la *Accademia Platonica* en la Villa di Cariggi. En la *Accademia Platonica*, inaugurada en 1462, Ficino tradujo las *Obras Completas* de Platón (tal como se conocen hoy), las *Enéadas* de Plotino y obras de Hermes Trismegisto, conocidas como *Corpus Hermeticus*.

2. LA HOSPITALIDAD EN EL NUEVO MUNDO COMO FORMA DE ENCUENTRO CON LA *CALLÍPOLIS*

Pocos años antes del inicio del siglo XVI, Cristóbal Colón, en el afán de encontrar una nueva ruta con destino a Oriente, en busca de las codiciadas especiarías, descubrió una ruta para llegar teóricamente más rápido a la India o a lo que él llamó *Indias Occidentales*. Colón estaba seguro de que:

Por la vía del Poniente, hacia el Austro o Mediodía, descubriría grandes tierras, islas [...] riquísimas de oro y plata y perlas [...] y gentes infinitas; y que por aquel camino entendía topar con tierra de la India, y con la gran Isla de Cipango y los reinos del Gran Can. (De las Casas, 1986, p. 151).

Pero, el viernes 12 de octubre de 1492, creyendo haber llegado al “final de Asia”, e imaginando estar cada vez más cerca del oro de la soñada Cipango (antigua denominación de Japón), llegó en realidad a lo que él nombró “Isla San Salvador”.⁵

Fue este arribo del Almirante Colón a la pequeña isla *Guanahani*, como la llamaban los nativos, que cambió por completo el curso de la historia, al descubrir allí “habitantes jóvenes, garbosos y hospitalarios [que parecían] acercarse a la inocencia original del Paraíso” (cf. Krotz, 2002, 186). De tal suerte que no sabían los europeos si habían llegado a Cipango, al Edén o a los restos de la legendaria Atlántida. Motivo, según Bartolomé de las Casas, para creer que Colón –después de conocer la historia de esta *callípolis* relatada por Platón en el *Timeo*– se embarcó por la costa occidental creyendo que los restos de la Atlántida eran la puerta de entrada para otras islas y la “Tierra Firme” (De las Casas, 1986, p. 53).

La extrañeza ante lo nuevo y desconocido no mermó el espíritu de los navegantes, al contrario, estaban cada vez más convencidos de que encontrarían las riquezas que tanto anhelaban para sí mismos y para la grandeza de la corona española, pero también para la evangelización cristiana en tierras del “Mar Océano”, como le decían al Gran Atlántico, pues al final no dejaba de ser una especie de misión divina, en la que ellos se sentían enviados por la Providencia. Ya otros, menos religiosos, creyeron que en esa abundancia natural podrían encontrar el ansiado País de Cucaña (también conocido como País de Jauja), la tierra de la hartura, el ocio, y la felicidad de los menos favorecidos, la inmensa mayoría de siervos y campesinos del Continente Viejo.

Bartolomé de las Casas destaca, en el capítulo 40 de *Historia de las Indias*, el relato de Colón sobre el primer encuentro con los indios de *Guanahani*, quienes mostraban: “Bondad, humildad, mansedumbre, simplicidad y hospitalidad, disposición... [y] hermosura” (De las Casas, 1986, p. 204).

⁵ Sin embargo, en 1501, el navegante florentino Américo Vesputio concluyó que esas vastas tierras eran en realidad un “Mundus Novus” (Mignolo, 1982, p. 65) y, en 1513, el español Vasco Núñez de Balboa al arribar al Mar del Sur, al Océano Pacífico, concluyó que esas tierras no eran parte de Asia, sino de un nuevo continente (Krotz, 2002, p. 188).

Hombres y mujeres en comunión con la naturaleza, exhibiendo su desnudez y una afabilidad inusual para los conquistadores. Fue tal el asombro que muchos creyeron que en esas tierras, aún vírgenes, se encontraba efectivamente el mítico Paraíso bíblico, no solo por la exuberancia de la naturaleza, algo nunca antes visto, sino que por la usanza y actitud de los indígenas, por eso durante años se creyó que estos eran una descendencia tardía de Adán (Krotz, 2002, p. 198).

El asombro fue recíproco; los isleños no paraban de admirar las vestimentas, modos y utensilios de los navegantes, y a su vez los europeos se sorprendían con ellos por dejar sus “vergüenzas expuestas”. Los indígenas sin temor se acercaban a reconocer sus rostros, tocando con sus manos las barbas y ropas que portaban. Ya los navegantes se dejaban tocar para no parecer hostiles.

Parábanse a mirar los cristianos a los indios, no menos maravillados que los indios dellos, cuánta fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca conocieron, [...] y a ellos se allegaban con tanta familiaridad [...], como si fueran padres e hijos; como andaban todos desnudos, [...] todas sus cosas vergonzosas de fuera, que parecía no haberse perdido o haberse restituido el estado de la inocencia, [...] se dice no haber pasado de seis horas, [que allí] vivió nuestro padre Adán. (De las Casas, 1986, p. 206)

Era el primer encuentro de las diferencias y la natural disposición para *maravillarse* con el otro. Pues para los nativos estos foráneos eran en realidad seres divinos, venidos del cielo, y fueron tratados, respetados y recibidos como tal. Compartieron sus alimentos (pan, agua, pescados), sus aves y lo que para ellos eran sus verdaderas riquezas, los algodones hilados. Sobre esto, De las Casas puntualiza:

El Almirante, viéndolos tan buenos y simples, y que en cuanto podían eran tan *libremente* hospitales, y con esto en gran manera pacíficos, dioles a muchos cuentas de vidrio y cascabeles, y a algunos bonetes colorados y otras cosas, con que ellos quedaban muy contentos y ricos (De las Casas, 1986, p. 207, cursiva mía).

De esta forma, se describen la vida y costumbres de esta isla con características de *callípolis*: los nativos tienen una tierra sana, donde se puede mejorar de las enfermedades; son en su mayoría jóvenes, pues viven solo hasta una cierta edad, luego ellos mismos acaban con su vida acostándose en cierta hierba venenosa; hay comunidad de bienes y de mujeres, por lo tanto los hijos son de todos, asimismo carecen de ambición por las riquezas, por eso viven pacíficamente (De las Casas, 1986, p. 209).

Pero Colón partió pronto de *Guanahani* al ver que en esa isla no había rastro del metal áureo, solo vio un par de indígenas con algunos pedacitos de oro, quienes le explicaron que en otras islas más al sur lo encontraría en abundancia. No obstante, a medida que recorría ese conjunto de islas, que hoy conocemos como Las Antillas, la desazón del Almirante creció, no había el soñado oro de Cipango, y la obsesión y temor de que su empresa fracasara empezó a cundir. Y es en este punto que Fray Bartolomé de las Casas critica la ambición desmedida de los europeos, que provocó –en cincuenta años– un genocidio sin igual de los habitantes del Nuevo Mundo, comenzando así su serie de relatos sobre las injusticias y

atrocidades que estos sufrían en manos de los conquistadores (tiranos, dirá el padre dominicano) que vinieron después de Colón.

En la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de las Casas señala:

La causa porque han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro [...]: por la insaciable codicia [*sic*] y ambición que han tenido, que ha sido la mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respecto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad, por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo) no digo que de bestias, porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado, pero como y menos que estiércol de las plazas (De las Casas, 2011, p. 17).

Fue esta fiebre de los europeos por el oro que acabó con la hospitalidad de los nativos, al poco andar Colón por la Isla Española (Haití y República Dominicana) y Cuba, quienes no comprendían cómo “los venidos del cielo” manifestaban de forma tan bárbara su obsesión por el oro.

Las acciones de guerra y la devastación, la esclavitud, [...] el trato que los conquistadores dieron a las mujeres indias, terminaron pronto, aunque demasiado tarde, con las últimas dudas respecto de la naturaleza divina de los extranjeros (Krotz, 2002, pp. 203-204).

Subyugados en los que habían sido sus territorios; privados de su libertad natural y anuladas su cultura y cosmología, los indígenas terminaron dominados por la espada y la cruz, perdiendo por completo la inocencia que los caracterizaba y el *locus amoenus* en el que vivían.

Ese *locus amoenus* era, para los que vivían del otro lado del Atlántico, el sueño que albergaban desde la Edad Media, y que en el Renacimiento comenzaban a materializar en ese proceso de colonización deshumana que les dio la posibilidad de vivir con holgura en esas tierras que ellos llamaron *Indias Occidentales*. Ya a los habitantes primitivos apenas les restó la esperanza de recuperar algún día su tierra, la felicidad y la libertad arrebatadas. Para ello contarían con la ayuda del humanista inglés Tomás Moro, que sentó las bases para que en suelo americano se hicieran *callipolis* reales, gracias a sacerdotes como Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga, que se llevaron un ejemplar de la *Utopía* para intentar devolver el bien común a los pueblos indígenas. De las Casas se empeñó en la lucha por la libertad de los nativos y el fin de la encomienda, y Quiroga en seguir los preceptos de Moro para construir hospitales en la llamada “Nueva España” (Imaz, 1946, pp. 52-53,62), replicando así los descritos por el navegante portugués Rafael Hitlodeo en su viaje a la isla de Utopía.

3. *UTOPIA*: UNA EXPERIENCIA DE LA HOSPITALIDAD Y *CALLÍPOLIS* DEL BIEN COMÚN

Mientras en Europa se agudizaban las diferencias sociales y comenzaban los primeros cismas político-religiosos, Tomás Moro, abogado y canciller de Enrique VIII, en un viaje a Flandes, en 1515, habría conocido navegantes que volvían del Nuevo Mundo con relatos fabulosos de sus ciudades, habitantes y costumbres, y además habría leído los *Cuatro Viajes* de Vespucio, narración publicada en 1506, en la que el explorador florentino contó sobre la existencia de pueblos que vivían en comunidades, compartiendo los bienes y despreciando las riquezas, principalmente el oro. Inspirado por estos relatos, en 1516, Moro publica su ficción político-humanista, bajo el título:

Utopía

*Librillo verdaderamente dorado, entretenido y no menos beneficioso,
sobre el mejor estado de una república y la nueva isla de Utopía,
de autoría del Ilustrísimo y sumamente elocuente Tomás Moro,
ciudadano y sheriff de la famosa ciudad de Londres* (Moro, 1999, p. 13. La traducción al español es mía).

Ya con el título de su obra, Tomás Moro agitó al mundo letrado, al presentar una férrea crítica a la sociedad inglesa, y al crear su propia *callípolis*, un mundo mejor con perspectivas sociales más equitativas y justas, para poner en jaque la decadente vida europea.

Dividida en dos partes, *Utopía* muestra la antítesis entre el viejo y el nuevo mundo. En el libro I se desarrolla el diálogo entre Moro, el humanista Pierre Gilles, el cardenal Morton y Rafael Hitlodeo, el navegante portugués descubridor de Utopía, quienes comentan la situación social inglesa, hundida en la miseria, impuestos e injusticias. Es en ese momento que Rafael empieza a narrar su propia historia: viajó junto a Américo Vespucio y, antes de acabar el cuarto viaje, se embarcó rumbo a Portugal. Venía de Oriente a Occidente cuando llegó a una región del Nuevo Mundo, donde encontró una maravillosa isla, Utopía. Allí vivió más de cinco años en compañía de los utopianos, y solo dejó la isla para difundir en Europa las maravillas de *la nueva isla de Utopía*.

Pero, antes de llegar a Utopía, el navegante portugués arribó a un reino (sin nombre) donde vivió una inusitada experiencia con la hospitalidad de sus habitantes, que manifestaban afecto por los visitantes, fraternidad hacia los extranjeros, y no dudaban en ayudarlos para que pudieran continuar su viaje (Moro, 1999, p. 18). Hitlodeo, continuando con su fantástico relato, contó sobre otros reinos que conoció, como el País de los Macarianos, no muy lejos de Utopía, cuyo rey al ser coronado prometió no tener más que diez mil libras en oro, porque su bienestar mayor era que sus súbditos fuesen felices y no que él, como monarca, acumulase riquezas en desmedro del pueblo (Moro, 1999, p. 59).

Rafael Hilodeo lamenta que esa costumbre no se aplique en los reinos de Europa, donde ocurre todo lo contrario, y que no haya lugar para la filosofía en los Consejos Reales,

recordando que el sistema propuesto por Platón en *La República* era perfectamente posible, así como los utopianos hacían en su isla (Moro, 1999, p. 62). Comienza entonces a relatar sobre la historia de Utopía; la antigüedad de su civilización y el único episodio en que los utopianos tuvieron contacto con los “ultra equinoccionales”, como llamaban a los europeos. Hacia el año 1200, hubo un naufragio cerca de Utopía, y los sobrevivientes –algunos romanos y otros egipcios– fueron acogidos en la isla hasta el final de sus días. Según Hitlodeo: “Les bastó un único contacto con nuestro hemisferio para que todo lo aprendieran” (Moro, 1999, p. 69. La traducción al español es mía). Debido a aquel incidente, adoptaron las ideas más provechosas de Europa, mejorando con creces la calidad de sus instituciones políticas y sociales para que la vida fuese más feliz.

Para Tomás Moro, el origen de todos los males estaba en la propiedad privada, en la ambición por ella y en el individualismo que produce. Crítica que hiciera Platón en *La República*, siendo el primero en defender la comunidad de bienes. Moro rescató este ideal, pero lo perfeccionó con el modelo creado por la *Philosophia Christi*, que predicaba la vida en comunidad basado en el amor por la humanidad. Esta filosofía caracterizó a los humanistas del siglo XVI, como Erasmo, Valdés y Vives, que comparten con Moro una visión de reforma mesiánica, secular y pacifista de la doctrina eclesiástica. Ellos comprendían que existía un abismo entre la Palabra de Dios y la Doctrina de la Iglesia, por lo tanto, era menester hacer una reforma: humanizar tanto la Iglesia como el poder político. Para eso, cada uno de los humanistas creó su propio “mundo ideal”. Pero Moro fue el encargado de crear el concepto, de albergar en una palabra el amor por el saber, la fe en la felicidad y la justicia, y de realizar esa transformación, aunque fuese en un *u-topos*, un “no lugar” (Vera-Bustamante, 2007, pp. 123-125).

El libro II es el relato de Rafael Hitlodeo sobre la vida en Utopía, pero no se trata apenas de una narración del descubridor portugués, sino del anhelo del humanista inglés por arribar a esa isla de felicidad imaginaria.

Es por ello que resulta esencial analizar el nombre de su protagonista, Rafael, que en hebreo significa “quien abre los ojos”. Pues, él es quien abre los ojos de la humanidad para mostrar que existe en el Nuevo Mundo la isla de la felicidad llamada “Utopía”. Allí, Rafael descubre la vida exenta de propiedad privada, que es la principal causa de no existir en la isla ni la ambición ni la conspiración del Estado en favor de los ricos y, gracias a esto, se establece el equilibrio entre los habitantes de la isla para lograr una vida armónica en comunidad.

Jerzi Szachi explica que los nombres que aparecen en *Utopía* reflejan el espíritu de la obra. Por eso, la elección de “Rafael Hitlodeo” no es antojadiza, es el juego de significados entre el nombre hebreo, Rafael, y el apellido inventado de raíz griega, Hitlodeo. Señala Szarchi que Rafael significa también “curado por Dios” y recuerda el pasaje del libro apócrifo de Tobías: “El arcángel Rafael guía a Tobías en un viaje que termina con la cura de la ceguera sufrida por él [...]. Es un nombre adecuado, por lo tanto, para un viajero que abre los ojos de los hombres” (Szachi, 1972, p. 1. La traducción al español es mía).

Ya el apellido Hitlodeo, según George M. Logan y Robert M. Adams, es el juego de los vocablos griegos: *hythlos*, que significa “disparate” o “patraña”; *daios*, “astucia” o “sagacidad”; y *daiein*, “distribuidor” o “mercader”. Por consiguiente, Rafael Hitlodeo significaría “especialista en disparates” o “mercader de patrañas” (notas de Moro, 1999, p. 8). Esta es justamente la ironía de Tomás Moro, que veía en su navegante portugués al visionario que había descubierto el “mundo mejor”, pero en cuya revelación nadie creería, pues en la visión del hombre moderno, pretender encontrar un mundo mejor solo podía ser un “disparate”.

Este segundo relato de Hitlodeo se inicia con la descripción geográfica de la isla, que resulta ser muy similar al territorio de Inglaterra. Lo mismo sucede con la capital de la isla, Amaurota (ciudad fantasma), que es la réplica de Londres (notas de Moro, 1999, p. 77).

Se puede decir que quien conoce una de sus ciudades las conoce todas, pues son casi tan idénticas como lo permita la geografía.⁶ Por lo tanto, me limitaré a un único ejemplo, que yo bien podría elegir al sabor del acaso. Pero la mejor elección es, sin duda, Amaurota (Moro, 1999, p. 77. La traducción al español es mía).

Al describir la geografía de Utopía, Moro sigue el modelo humanista de los tratados geográficos, como el de *Callipolis Descriptio* (c.1510), del italiano Antonio de Ferraris (Antonio Il Galateo), que no solo abordó la historia y geografía de la antigua Callipolis, en Tarento (Sicilia), sino que analizó literaria y filosóficamente su toponimia, para concluir que *callipolis* se convirtió en un concepto latino, heredero de la cultura griega, que proyectó en el Renacimiento la idea de *civitas pulchra*, la ciudad justa que cultiva la isonomía de sus habitantes, *geometrica illa aequalitas* (Ferrari, 1558, p. 144), y cuya existencia en el mundo real sí era posible.⁷

Hitlodeo continúa su relato sobre la geografía y costumbres de Amaurota, destacando siempre la gentileza de sus formas y la comunión con la naturaleza.

Amaurota fue construida en la ladera de una suave pendiente, y su forma es casi cuadrangular. [...] Sus construcciones son bellas [...]. Detrás de las casas existen grandes jardines. [...] Los amaurotas son excelentes jardineros, [...] lo que me lleva a pensar que la jardinería debe haber sido uno de los principales intereses del fundador de Amaurota. Me refiero a Utopo, de quien se dice que trazó ya desde el inicio el plano general de la ciudad (Moro, 1999, pp. 77-80. La traducción al español es mía).

En la visión de Moro, todo tendía a la armonía en Amaurota, pues no había explotación laboral ni injusticias, a diferencia de lo que ocurría en Londres, donde el abuso

⁶ En este pasaje de *Utopía* reconocemos el intertexto con *Las ciudades invisibles*, de Ítalo Calvino, en las palabras dichas por Marco Polo a Kublai Khan: “Viajando uno se da cuenta de que las diferencias se pierden: cada ciudad se va pareciendo a todas las ciudades, los lugares intercambian forma, orden, distancias” (Calvino, 1988, p. 149).

⁷ Esta noción de *callipolis* como “ciudad ideal” permeó todo el Renacimiento como movimiento artístico y cultural tanto de *Il Quattrocento* como de *Il Cinquecento*, cuando surgió una generación de arquitectos que proyectó en sus planos y construcciones las primeras *callipolis* reales, según el modelo geométrico presentado por Platón en *La República*, tal como lo hizo Luciano Laurana a mediados del *Quattrocento*, a quien atribuyen los planos de la obra *Città ideale*.

era sistemático hacia los trabajadores. Ya en Utopía, sus habitantes solo trabajaban seis horas por día, tenían incluso tiempo libre para hacer actividades provechosas para el espíritu⁸, y este periodo de trabajo era suficiente para garantizar la abundancia en la isla.

Toda esa holgura se debía a los preceptos de igualdad y justicia que había legado el rey Utopo. Así como también les legó la tolerancia religiosa, tan preciada por los humanistas. Pues, “a pesar de toda la diversidad de creencias, todos están de acuerdo en que existe un Ser Supremo, creador y señor del Universo, y a él se refieren como Mitra” (Moro, 1999, p. 160. La traducción al español es mía).

Cuando Rafael Hitlodeo les compartió a los utopianos las enseñanzas de Cristo, ellos notaron que eran muy parecidas a la principal religión de la isla. Por eso, muchos decidieron adoptar el cristianismo como nuevo credo.

Utopo, además, les inculcó el sentido social comunitario, pues su propósito, y el de sus leyes, era lograr el bienestar de todos los isleños. Convirtiéndose así, por sus actos e ideales, en el filósofo rey de la *kallípolis* platónica.

Por otra parte, el rey estaba consciente de que la divinidad, en toda su bondad, creó a las almas no solo para que fuesen inmortales, sino para que fuesen felices. En esta concepción de mundo, Utopo se revela como un seguidor de la *eudaimonia* –doctrina de la felicidad que postulaban los filósofos helenos, como Platón y Aristóteles, y posteriormente Plotino, y que fue reforzada con el mensaje de Cristo–, porque para el rey de Utopía la vida en la tierra es para ser feliz, no para ser arrastrado por el sufrimiento (Vera-Bustamante, 2007, p. 123).

Tal como Epicuro, Utopo cree que los placeres buenos y honestos son el camino para lograr la felicidad. Lo que para los utopianos no debía suponer una dificultad, ya que ellos sentían que la naturaleza los conducía al “supremo bien”. Por eso, definen la virtud como “vivir de acuerdo con la naturaleza; y es este el fin para el cual Dios nos crió” (Moro, 1999, p. 115). Existe también en ellos la vocación de ayudar al prójimo, no como una obligación, sino como un placer, pues cuanto más felices son las personas, más fácil resulta inspirar la felicidad en los que no lo son. Así, sin saber, los utopianos ya habían adherido a la Filosofía de Cristo.

En su *callípolis*, Tomás Moro establece la familia como base de la sociedad, a diferencia de Platón, que la había desechado en *La República* por considerarla el germen de los egoísmos e individualismos. En Utopía todos son hijos del mismo padre-rey, por eso en la isla sus habitantes se consideran parte de una gran familia.

Dado que en la isla, especialmente en Amaurota, todo tiende al equilibrio y la concordia, sus casas y jardines son una invitación a la *ataraxia*, es decir, a la paz del alma. Todas tienen dos puertas, una que da a la calle y otra que da al jardín, y nunca son cerradas

⁸ La única advertencia para los utopianos era la de no caer en el ocio y, por eso, elegían en las familias a los jefes o *sifograntes* (posiblemente del griego *sophos*, sabio, y *gerontes*, viejo), quienes debían encargarse de mantener a las familias libres de vicios (Moro, 1999, pp. 81- 85).

con llave, para que todos puedan entrar y salir, “pues allí no existe la propiedad privada” (Moro, 1999, p. 79. La traducción al español es mía). Por no existir la propiedad privada, no existe en la isla el miedo a los robos, pues la ciudad y su poder público abastecen a todos los habitantes por igual. Si alguna familia necesita algo, basta acudir al mercado para llevar lo que necesite sin pagar, ya que nadie pedirá más de lo necesario. Por eso no se usa el dinero en Utopía, pues la naturaleza da generosamente los elementos esenciales para la vida. Sería ir contra ella cobrar por los servicios o productos de la isla.

Y ese es el motivo por el cual los utopianos no sienten la compulsión por acumular riquezas, como el oro y la plata, que para ellos no tienen importancia, ya que le dan más valor al hierro por su utilidad. Se limitan a usar los metales preciosos más que nada para los artefactos domésticos o como símbolo de punición.

Tanto en las residencias particulares como en los comedores comunitarios utilizan la plata y el oro para la fabricación de los más sencillos utensilios domésticos, como por ejemplo, los orinales. También usan cadenas y grilletes de oro para prender a los esclavos, y todos los que practican crímenes realmente graves son forzados a usar anillos de oro [...] en los dedos, un collar de oro en el cuello y hasta una corona de oro en la cabeza. En realidad, hacen lo posible por tornar esos metales despreciables (Moro, 1999, pp. 104-105. La traducción al español es mía).

Si un utopiano encuentra alguna piedra preciosa, la lapida y se la regala a su hijo pequeño. Los niños quedan orgullosos y felices al usar estas joyas, pero al crecer se dan cuenta de que tienen valor solo para los más pequeños.

Cierta ocasión, cuenta Hitlodeo, llegaron unos diplomáticos anemolianos que desconocían las costumbres de la isla, como el menosprecio al lujo, a la ostentación y a las apariencias. Llegaron vestidos como auténticos dioses para dejar boquiabiertos con su esplendor a los utopianos, pero estos al verlos se decepcionaron de inmediato, pues la ostentación de los atuendos reflejaba la degradación en la que se encontraban esos extranjeros. Algunos utopianos expresaron más respeto por los siervos que los acompañaban, por ser los menos ataviados de oro y joyas, creyendo que quienes llevaban esas riquezas eran en realidad los esclavos. Ya los niños más grandes quedaban sorprendidos al ver que esos adultos cargaban tanto oro en sus cuerpos, y no podían evitar decir en voz alta: “¡Mira, mamá, cómo ese grandulón aún se cubre con joyas como si fuese un bebé!” Muy seria, la madre de uno de ellos lo reprendió diciendo: “¡Cállate, hijo, debe ser algún bobo que vino junto con la comitiva” (Moro, 1999, p. 107. La traducción al español es mía).

Ese pasaje de *Utopía* manifiesta todo el desprecio de Moro hacia los vicios de la vieja Europa. Era inconcebible para él que “un material tan inútil como el oro” pudiera ser considerado, en el mundo entero, mucho más importante que los seres humanos. Por eso lo que más enojaba a los utopianos era el modo con que algunas personas veneran al hombre rico, “no porque le debiesen dinero o, por estar de alguna forma, bajo su poder, sino única y exclusivamente por él ser rico” (Moro, 1999, p. 109. La traducción al español es mía).

El relato de Hitlodeo continúa describiendo la experiencia de la hospitalidad que vivieron esos tres embajadores en Utopía. A los dos días, percibieron que los esclavos fugitivos llevaban más oro y plata que ellos. Avergonzados por el ridículo al que involuntariamente se habían sometido, se despojaron del lujo que hasta entonces los llenaba de orgullo. Pero, gracias a la afabilidad de los anfitriones, comprendieron cuál era la usanza en la isla del rey Utopo: no darle valor a las apariencias ni a los bienes materiales, sino a la persona por lo que ella es (Moro, 1999, p. 108).

Reflexión inspirada en el relato de Vespucio sobre tribus indígenas que despreciaban los bienes temporales y que caló hondo en el espíritu de Moro. Por esta razón, podemos concluir que la hospitalidad en la *Utopía* tiene características propias del humanismo, como el amor por la humanidad, pero también del encuentro con los nativos del Nuevo Mundo, que enseñaron a través de su forma de ser la benevolencia natural que, por ambición y vicios, se estaba perdiendo en Europa.

El vocablo “hospitalidad” (*hospitālitās*) proviene del latín *hospes*, que significa “aquel que recibe o es recibido”, y se relaciona con *hostis*, que quiere decir extranjero. Esta acción de recibir está hermanada con la de aceptar y apreciar al otro, al *extraño* (del latín *extranēus*, “el que es de afuera”), creando un vínculo en el que por un determinado tiempo no existe la dicotomía dentro-fuera, sino una reciprocidad e intercambio que promueve la igualdad y el complemento entre las partes. De esta forma, cada vez que surge la hospitalidad como experiencia, se produce un aprendizaje, tanto de quien recibe como de quien es recibido. Así como vimos en el primer encuentro entre Colón y los nativos de *Guanahani*; en los viajes de Hitlodeo, y su arribo a Utopía. Este sentido de hospitalidad se transforma en una *callípolis*, en el establecimiento del “supremo bien”, gracias al contacto entre mundos disímiles.

Así lo entendió Moro al escribir la *Utopía*: recibió los relatos de Vespucio, los acogió en su alma y los apreció manifestándolos en su escritura y, aún más, albergó en un concepto la felicidad humana, la justicia y el bien común, rompiendo así con la deshumanización establecida en Inglaterra y siendo, ante todo, una “anticipación”: una orientación que supera la realidad y se mantiene en la condición de “realizable”, esperando su momento de transformarse en *eutopía* o lugar feliz.

SOBRE LA AUTORA

Paula Vera-Bustamante es profesora, escritora, investigadora y traductora. Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad de Chile (UChile) y Doctora en Estudios Comparados de Literaturas de Língua Portuguesa por la Universidade de São Paulo (USP). Es creadora de la Teoría de la Ciudad Fictiva, estudios multidisciplinarios sobre el surgimiento de la ciudad en la literatura desde sus inicios hasta hoy. Ha presentado su investigación sobre las ciudades fictivas, como la *Callípolis* y la *Aischrópolis*, en congresos y publicaciones académicas de Brasil, Argentina y Chile, además en medios de prensa, como El País Brasil y El País América. En el campo de la traducción, no solo ha traducido narrativa, como cuentos de Rubem Fonseca, Orígenes Lessa, Luis Fernando Veríssimo,

entre otros, sino que principalmente ha hecho traducciones hermenéuticas y cinematográficas de diversas películas, entre las que se destacan: *Por eso lo llaman amor* ('The Big Sick', 2017), *El cuento de la princesa Kaguya* ('Kaguya-hime no Monogatari', 2018), *Yo, Tonya* ('I, Tonya', 2018) y *La casa que Jack construyó* ('The House That Jack Built', 2018). En el campo de la creación, escribió los cuentos *La noche de mi cumpleaños*, *Cuando llega Navidad* y la novela *Nautilus, la magia de vivir*.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvino, I. (1988). *Las ciudades invisibles* (Traductora Aurora Bernárdez). Buenos Aires: Minotauro.
- Ferrari, A. D. (1558). Callipolis descriptio. En A. D. Ferrari, *Liber de Situ Japygiae* (pp. 129-162). Basilea: Petrum Pernam.
- Giorgini, G. (2016). Utopia versus Realismo? Alcune considerazioni controcorrente. *Governare La Paura. Journal of Interdisciplinary Studies*, 9 (1), pp. 315-330. <https://doi.org/10.6092/issn.1974-4935/6548>
- Imaz, E. (1946). *Topía y Utopía*, México: Tezontlé.
- Iser, W. (1991). *Das Fiktive und das Imaginäre*. Frankfurt a. M: Suhrkamp.
- Krotz, E. (2002). *La otredad cultural entre Utopía y Ciencia* (Traductora Claudia Leonor). Cabrera Luna. México: F. C. E.
- De las Casas, B. (1986). *Historia de las Indias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- De las Casas, B. (2011). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Mignolo, W. (1982). Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. En Luis Iñigo-Madrigal (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo I, Época colonial (pp. 57-116). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Moro, T. (1999). *Utopia* (Organización y notas de George M. Logan y Robert M. Adams, traductores Jefferson Luiz Camargo y Marcelo Brandão Cipolla). São Paulo: Martins Fontes.
- Platón. (1988). *La República* (Introducción de Manuel Fernández-Galiano, traductores José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano). Madrid: Alianza.
- Platón. (2004). *Timeo* (Traductor José María Pérez Martel). Madrid: Alianza.
- Torre, A. D. (1902). *Storia della Accademia Platonica di Ferenze*. Florencia: G. Carnesecciu e Figli.
- Szachi, J. (1972). *As Utopias ou A Felicidade Imaginada* (Traductor Rubem César Fernandes). Rio de Janeiro: Paz e Terra.

- Vera-Bustamante, P. (2007). *A Cidade Fictiva: Visões e Mundos da Cidade em Contos Contemporâneos Brasileiros, Chilenos e Portugueses*. Tesis de doctorado (Estudos comparados de literaturas de língua portuguesa). São Paulo: Universidade de São Paulo.
- Vera-Bustamante, P. (2020). O retorno da Aischrópolis, a cidade feia, e sua democracia agonizante. *El País Brasil*, Tribuna (Opinião). Recuperado el 08/08/2021, <https://brasil.elpais.com/opiniaio/2020-05-07/o-retorno-da-aischropolis-a-cidade-feia-e-sua-democracia-agonizante.html>.
- Vera-Bustamante, P. (2021). Demagogos das novas ‘Aischrópolis’ são uma ameaça à vida e à democracia. *El País Brasil*, Tribuna (Opinião). Recuperado el 13/08/2021, <https://brasil.elpais.com/brasil/2021-08-13/demagogos-das-novas-aischropolis-sao-uma-ameaca-a-vida-e-a-democracia.html>.